

CRÓNICA

LOS ORFEONES VASCOS. — EXPOSICIÓN CABANAS-OTEIZA.

LA ESPERANZA.

LA fiesta de Santa Cecilia en un país tan filarmónico como el vasco, necesita irremisiblemente un relieve que destaque con soberana y peculiar atracción de las demás solemnidades que se registran durante el año.

Y así sucede en efecto; siendo los orfeones, esas sociedades que constituyen el más bello ornato de nuestra cultura popular, quienes exornan la fiesta con las galas de su arte primoroso y las florescencias de ingeniosa juventud.

El Orfeón Pamplonés en la capital de Navarra, el Donostiarra en nuestra Ciudad y La Coral y Euskeria en Bilbao, conservan el tradicional renombre de las masas orfeónicas vascas, y renuevan anualmente, el día de su celestial Patrona, los laureles que coronan sus artísticos historiales.

En la función religiosa celebrada por La Coral de Bilbao, cantó el orador sagrado las sublimidades del arte en estos vibrantes términos:

«El bello ideal no existe en el mundo de los sentidos; está mucho más alto; el alma vuela hacia él porque Dios en bondad infinita le ha concedido las alas de la esperanza. Prescindamos de la esperanza, y hemos suprimido el arte: ¿qué otra cosa es sino obra de la esperanza ese poder en cuya virtud el llamado genio de la escultura toma un pedazo de mármol y comienza a ver el busto que proyecta; el llamado genio de la pintura prepara el lienzo y mira ya la sonrisa de la Virgen que va a delinear; el llamado genio de la música empieza a combinar

sus notas y presiente la armonía de su obra; el poeta, por último, no ha comenzado a cantar, y sabe que la inspiración va a descender a su excitada fantasía, y se deleita en la hermosura aun no creada de sus cantos? ¿Quién sino la esperanza puso la primera piedra en la Catedral de Colonia y en el Monasterio de El Escorial? ¿Quién trazó el primer rasgo del Pasmó de Sicilia?, ¿quién inspiró a Haydem y Mozart sus melodías dulcísimas?, ¿quién guió la mano de Miguel Angel?, ¿quién dictó el primer verso de la inmortal Jierusalemme? La esperanza movida por una voluntad firme, por un amor puro e intenso.»

Esa esperanza es la que sostiene el espíritu inimitable de las excelentes masas corales vascas.

*
* *

También en pintura alienta la misma fe en el ideal y bien lo ha manifestado el joven y notable pintor Cabanas-Oteiza en la espléndida exposición de sus obras que acaba de hacer en el salón de los artistas vascos, de Bilbao.

En la interesantísima serie de cuadros ofrecida a la pública admiración, se notaba cierta tendencia a una nueva modalidad en su arte especialísimo, que con tanta exactitud reproduce los sugestivos rincones de la tierra vasca.

Cabanas-Oteiza lleva dentro de sí el alma de nuestra raza y cuando su pincel traza en el lienzo las siluetas de nuestras montañas, hace sentir con el paisaje la emoción muda pero elocuente de la psicología especialísima de nuestro pueblo.

*
* *

La oscuridad es una de las manifestaciones públicas que nos ha proporcionado la malhadada contienda europea.

Nuestras calles ofrecen un desolador aspecto. La autoridad local ha invitado a los propietarios a colocar faroles en sus fachadas.

Pero faroles naturalmente que se enciendan, porque de faroles apagados estamos plétóricos, y con grave riesgo de nuestras narices.

¿Qué mantiene en pie esos artefactos?

La esperanza. La esperanza de ser encendidos un día, que Dios sabe cuándo será.

TEA